

# **Imaginarios geográficos de la periferia. Aportes para una geografía de las relaciones de poder.**

Jaiber Orozco.

Cita:

Jaiber Orozco (2019). *Imaginarios geográficos de la periferia. Aportes para una geografía de las relaciones de poder. XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-030/482>



## Imaginarios geográficos de la periferia. Aportes para una geografía de las relaciones de poder

Jaiber Orozco

### Resumen

Las regiones y los paisajes periféricos, conocidos como umbrales, fronteras o territorios inhóspitos tienen una característica particular: la producción de imaginarios negativos sobre el espacio y sus sujetos. Esta producción discursiva ha sido estudiada desde diferentes perspectivas, entre las que destacan: la integración de los estados-nacionales; la producción de la otredad; y la expansión de procesos globales como el capitalismo o el colonialismo; en las primeras han primado las miradas locales sobre las globales; en la última, por el contrario, se han privilegiado la globalidad sobre la realidad local, obviando otras escalas geográficas, especialmente la local. En la siguiente ponencia propongo un acercamiento multiescalar al tema desde la perspectiva de la construcción del espacio, tomada de la geografía posmoderna, y un acercamiento metodológico que combina estrategias de la geografía humana y la investigación antropológica e histórica. Para ellos retomo el concepto de lugar y la perspectiva de la construcción del espacio geográfico de la teoría geográfica posmoderna, buscando con ello comprender la forma en la que se produce el espacio de una forma discursiva y material.

### Palabras clave

Construcción del espacio, fronteras, lugar, desarrollo, colonización.

### Introducción

En los últimos años, la participación en diversas investigaciones en México y Colombia me han permitido realizar trabajo de campo algunas zonas rurales consideradas lejanas y periféricas con relación a los centros regionales o nacionales que han quedado como pequeñas franjas espaciales en medio del desarrollo rural y urbano e, incluso, en la periferia de la historia nacional. En estos espacios considerados como fronteras, umbrales, márgenes o franjas me he interesado por las actividades productivas de grupos humanos aparentemente separados de la vida rural y urbana moderna y las relaciones que construyen con su entorno, sin dejar de lado la influencia de agentes externos en la producción de sus espacios y la naturaleza. En estas experiencias algo puntual ha llamado mi atención: la producción discursiva de estas periferias espaciales



y la imagen negativa que en ellas pesa sobre sus pobladores, a quienes, desde diferentes fuentes, se refieren como a gente perezosa, montaráz, violenta y atrasada. Esta imagen se ha trasladado también a sus territorios, definidos, peyorativamente, como lugares inhóspitos, periféricos y salvajes, sumidos en una naturaleza al tiempo lejana y atractiva, exótica y amenazante. En esta doble imagen parece haber una correlación entre la producción de periferias geográficas, la construcción de la otredad y, por supuesto, de la naturaleza ¿A qué se debe esta idea negativa sobre ciertas poblaciones rurales y sus territorios? ¿Cuál es su relación con la producción del espacio y la naturaleza? Mi argumento es que esta idea del espacio lleva implícita una concepción de la naturaleza, que normalmente debe ser, como sus pobladores, civilizada e integrada al control territorial y que esto, a su vez, se soporta en la construcción de imágenes simplistas, esto es en la producción de imaginarios geográficos.

En la presente ponencia me interesa adentrarme en las periferias como producto de la construcción del espacio geográfico, del encuentro de procesos a diferentes escalas; como el resultado de una geografía de las relaciones de poder en la que la producción discursiva e imaginaria del espacio y la naturaleza juegan un papel central para la materialización de proyectos territoriales exógenos. Para ejemplificar esto mencionaré el caso del Samaná Norte, en Colombia, una pequeña zona rural ubicada a un par de horas de Medellín, en la denominada zona de embalses del Oriente antioqueño y cercana a una de las mayores fronteras internas de Colombia, el Magdalena medio. Con este ejemplo quiero, además, proponer un encuadre conceptual y metodológico para estudiar este tipo de lugares. Para complementar esto recurriré también a otros ejemplos.

### **Imaginarios geográficos de la periferia**

Conocí Samaná Norte en el 2015 cuando hice mi investigación sobre las actividades económicas de subsistencia en esta parte de San Carlos (Orozco: 2017). Este corregimiento<sup>1</sup> está ubicado en las vertientes orientales de la cordillera central en el Oriente antioqueño, una de las regiones más desarrolladas de Antioquia, Colombia. Es, además, parte de la zona de embalses, donde se produce la mayor parte de la energía eléctrica del país y de un territorio rico en bosques y agua, cruzado por una enorme cantidad de riachuelos que desembocan en los cañones húmedos del río Samaná Norte que recorre el Oriente antioqueño de occidente a oriente.



A pesar de su cercanía al complejo hidroeléctrico y el altiplano de San Nicolás, esta zona rural es parte de una Antioquia anónima, distante del discurso triunfalista que ha caracterizado al departamento y la región. Su existencia se ha hecho notoria, quizás, por las consecuencias del conflicto armado, entre las que resalta el desplazamiento forzado de casi toda la población durante los primeros años del presente siglo, así como por los intereses que generan sus recursos en agentes externos, especialmente el agua, el bosque y los minerales. Sigue siendo, así mismo, una zona rural alejada, poco conectada y caracterizada por una economía de subsistencia en la que priman los pocos excedentes, las dificultades de acceso y una permanente fragilidad productiva. La riqueza ambiental y el desarrollo que generan sus recursos contrastan con las condiciones de vida de su población, ligada a una economía de subsistencia heredada de procesos de colonización y ampliación de la frontera agrícola de mediados del siglo XX, que combina la agricultura de subsistencia, con la minería, la pesca, la ganadería y la extracción de madera a pequeña escala.

Durante la investigación me causó curiosidad la opinión que muchas personas externas tenían sobre esta zona geográfica y sus habitantes a quienes consideraban seres rústicos, violentos, portadores de una cultura difícil de transformar y, sobre todo, destructores del medio ambiente por la extracción de madera. Al tiempo, el Samaná Norte parecía ser, en estas opiniones, un territorio apreciable por la riqueza de sus recursos naturales, pero difícil para el poblamiento humano por su morfología y sus condiciones ambientales. Debido a la presencia de grupos armados durante el conflicto armado colombiano de las últimas décadas, a esta imagen, ya negativa, se le sumó la de territorio de la guerra.

Estas imágenes son usadas en sentido peyorativo y han permeado, incluso, la producción académica. En trabajos regionales y de localidades realizados en los ochenta y noventa se nombró la zona a la que pertenece el corregimiento de Samaná Norte como “subregión de la cultura de la supervivencia y la resistencia” (CENICS 1989a: 66; Henao 2004:109). Denominación que, lejos de una descripción objetiva, mostraba una visión negativa su población a la cual describía como individualista, desarticulada, preocupada sólo por vivir al día y caracterizada por la ausencia de vínculos comunitarios que dificultaban todo tipo de organización; como desbrozadores de montes alucinados por la riqueza forestal que explotaban sin control; así como por el poco apego territorial y la baja iniciativa para transformar sus precarias condiciones de vida. Su territorio, además, era descrito como una zona difícil para el poblamiento por



su clima tropical cálido y húmedo, así como arduo para la producción agrícola por su morfología encañonada y la baja calidad de sus suelos (CENICS 1989<sup>a</sup>: 66; INER 1993: 41; Giraldo y Muñoz 2012: 149).

La reducida rentabilidad de las actividades económicas y la baja productividad de la tierra eran los criterios para definir a la población como una cultura de supervivencia y la resistencia ya que no lograban (ni querían) estabilizar una agricultura como los grupos campesinos de otras partes de la región. Lo que llama la atención, además, es que las denominaciones peyorativas mencionadas no explican las causas de la inestabilidad productiva del Samaná Norte, ni su lógica social y espacial, sino que, en forma similar a los prejuicios del imaginario colonizador, centran el problema en los habitantes, en el carácter cultural del poblador, a quien se refiere como: “inestable, casi trashumante, y con poca disposición para atarse a la tierra, para el trabajo agrícola y para hacer vida campesina”, y al ambiente difícil que habitaban. En ellas, por supuesto hay un determinismo ambiental en el que se crean imágenes simplistas del espacio y sus habitantes.

Lo particular es que las investigaciones académicas reproduzcan estas interpretaciones y que, en muchos casos, las hayan producido y alimentado. Tal y como lo menciona Margarita Serje (2011), los estudios regionales han nutrido los prejuicios sobre las zonas consideradas periféricas y fronterizas y en ellos, paradójicamente, se ha sustentado el discurso del Estado y su accionar territorial. Esto es claro en el Oriente antioqueño, en donde los estudios de regiones y localidades (Iner, 1993) fueron una de las bases de la regionalización social y ambiental del territorio. Por su puesto, los pobladores, que tienen procesos históricos y sociales propios, no comparten estas ideas y no se sienten parte de una periferia.

Estas imágenes, que aquí llamaré imaginarios geográficos, ya que son una construcción discursiva del espacio y sus sujetos, son parte de un largo prejuicio sobre ciertas zonas geográficas con el que fue colonizada en general América Latina. Las zonas bajas, montañosas, selváticas y áridas, parecen escenarios perfectos para estas construcciones. Esta relación entre ambiente y cultura, como se sabe, fue uno de los temas centrales del determinismo geográfico decimonónico y tuvo una especial utilidad para los proyectos colonialistas. Por lo que llama la atención que se mantenga, incluso, en los estudios académicos. Con estos imaginarios se ha justificado la expulsión y el desplazamiento de los pobladores cuyos espacios son, casi siempre, “territorios



vaciales” o sacrificables para el desarrollo debido a la “baja productividad” que los caracteriza y a la poca capacidad de sus habitantes para hacerlos beneficiosos, un discurso íntimamente ligado al colonialismo, a la capitalización de los recursos naturales y a la instauración de formas productivas que gozan del prestigio del desarrollo y el mercado como el monocultivo y la ganadería. Esto es evidente en Samaná Norte, donde los ganaderos estaban mejor posicionados que el resto de la población y en donde, además de la guerra, han sido afectados por la por la instalación de proyectos mineros e hidroeléctricos.

Estas producciones discursivas, en fin, construyen una visión dicotómica de la realidad que genera divisiones y fronteras sociales y espaciales. En el caso del Samaná Norte, estos imaginarios geográficos, de enormes connotaciones ecológicas y políticas, son usadas para definir a los pobladores como gente poco trabajadora, sin iniciativa y apática a todo tipo de orden, frente al imaginario del antioqueño trabajador, organizado y exitoso de las tierras altas, representado por Medellín y sus zonas aledañas que se volvieron modelos a seguir dentro de los proyectos hegemónicos de desarrollo. Las zonas periféricas, por el contrario, serían su contraparte.

Los imaginarios geográficos de la periferia son una permanente construcción de otredades espaciales, ambientales y sociales que ha caracterizado a la modernidad y han fundamentado las ideas de progreso y desarrollo. Estos mismos calificativos son usados hoy para implementar proyectos de todo tipo y justificar de territorios y sus recursos. Así lo evidencian los diagnósticos sociales de las empresas constructoras de hidroeléctricas o las mineras en el Oriente antioqueño y otras zonas de Colombia, en cuya justificación aparecen los mismos calificativos ya mencionados, a veces un poco ocultos bajo el discurso de la responsabilidad social. Paradójicamente, estas producciones discursivas también son retomadas por algunos conservacionistas que prefieren ver una naturaleza desvinculada de su producción social, ya que ven la cultura del poblador como una amenaza para su equilibrio.

Es importante anotar que los imaginarios geográficos de la periferia reproducen las ideas occidentales de civilización y progreso, desde la cuales se valora de forma negativa a regiones y poblaciones que son calificadas como pobres, atrasadas y analfabetas. Es, asimismo, la manifestación de una visión de la historia y del desarrollo únicos, basados en criterios raciales y espaciales de superioridad bajo los cuales se califican al otro de holgazán, agresivo, perezoso, y se considera sus espacios como



poco productivos e insalubres, de los que nada bueno puede surgir debido al clima enervante que impide incluso la capacidad de razonamiento de sus habitantes (Ibid: 51).

En Colombia estos imaginarios geográficos de la periferia han sido comunes en la construcción de otredades espaciales, ambientales y sociales. Como lo ha mencionado Margarita Serje (2011), estas construcciones son el revés de un imaginario nacional, su contraparte, su negativo. La integración territorial desigual del país, que dejó enormes franjas poco integradas ha permitido se ha apoyado y ha alimentado estas construcciones. Sin embargo, como lo han mencionado varios autores (Serje, 2017; Maldonado, 2010) este fenómeno no caracteriza a una nación o se relaciona sólo con el fracaso de un Estado. Estos discursos han acompañado a la modernidad como parte de la producción espacial del capitalismo. En este sentido la producción de las periferias y lo imaginarios geográficos superan los estados nacionales en su configuración espacial y en sus procesos históricos (Serje, 2017) y se integran a una especialización global. Esto explicaría porque regiones disimiles y distantes son descritas en los mismos términos peyorativos, como la misma ya lo ha expuesto (Serje, 2011). Esto implica, necesariamente, que una multiplicidad de ambientes y “escenarios naturales”

Para ilustrar esto voy a dar un ejemplo. La Tierra Caliente mexicana ha sido también calificada como una región atrasada, malsana, como un lugar fuera de camino, un país tropical, cuyas condiciones climáticas y sociales le han merecido el apelativo de fondillo del mundo (González y González, citado por Maldonado: 59). A esta imagen del espacio le correspondía una visión racial y de inferioridad cultural que describía a sus pobladores como holgazanes y seres agresivos, conformados con vivir al día y rodeados de la lujuria y la violencia. Como en el ejemplo del Samaná Norte, este comportamiento incivilizado se debía a la “naturaleza” salvaje del poblador que había estado al margen de la civilización. A pesar de que esta imagen es heredada de la colonia española, ha sido un referente para interpretar a la población y su territorio. Como se sabe, la Tierra Caliente mexicana es una de las regiones mexicanas donde el narcotráfico ha construido parte de su control territorial y es, en general, considerada como una de las zonas más violentas de este país, lo que también ha acrecentado su imagen negativa.

Como lo ha argumentado Salvador Maldonado, estas ideas peyorativas en Tierra Caliente han servido para la implementación de planes de inserción al proyecto nacional y desarrollo económico ligados a leyes de baldíos y a leyes liberales que permitieron la colonización y comercialización de tierras para el latifundio y no son otra cosa que el



producto histórico de la expansión del capitalismo (Maldonado, 2010: 67). La interiorización de estos fenómenos globales, en el caso de esta zona, se hizo por medio de la colonización extranjera impulsada por el Estado mexicano.

En la mayoría de los estudios, sin embargo, los procesos globales dejan de lado las realidades locales, por lo que estos imaginarios geográficos son analizados como una producción hegemónica que borra las realidades locales y la organización social y productiva de los probadores. El espacio periférico sería entonces el resultado de una elaboración exógena y vertical, tal y como lo ha mostrado la geografía marxista. A pesar de las coincidencias entre los dos lugares mencionados, como se sabe, los procesos globales no son homogéneos y, ya sea el colonialismo o el capitalismo, se particularizan en su integración a la escala local ¿Cómo estudiar estos fenómenos en su globalidad y particularidad?

### **Fronteras, periferias y naturaleza**

En Samaná Norte este imaginario geográfico está enormemente relacionado con su poblamiento reciente y sus características geográficas: su condición de frontera agrícola y boscosa hace que se le relacione todavía con la vastedad natural, lo salvaje, virgen e incivilizado; también está alimentada por una visión de las fronteras como zonas atractivas para forajidos e inconformes, espacios recónditos ubicados por fuera del orden estatal y social, perfectos para quienes quieren mantenerse al margen. Vistos desde afuera, especialmente desde la centralidad regional, estos espacios representan las antípodas del orden social, moral y ambiental. Por lo tanto, la idea de frontera, como lo menciona Margarita Serje, mantiene en sí este imaginario geográfico heredado del pensamiento colonial y, en la mayoría de los casos, en lugar de permitir una comprensión de los procesos sociales y espaciales, reproduce los imaginarios geográficos colonizadores.

El concepto de frontera ha sido retomado también por los estudios regionales en el Samaná Norte. Debido a sus características sociales y productivas, esta franja ha sido denominada por algunos investigadores como una zona de frontera sociopolítica y cultural (CENICS 1989a: 2) o una frontera interna regional (Escobar, 2007a:116). Con este concepto se quería designar el alcance socioespacial y el encuentro de dos procesos relacionados diferenciados en el espacio, el tiempo y en su composición social: La Colonización Antioqueña del siglo XIX, por medio de la cual se expandieron los rasgos sociales, políticos y productivos antioqueños por las vertientes; y el poblamiento



y colonización estratégica de los valles cálidos del Magdalena en el siglo XX. El concepto, además, ha sido ampliamente usada en los estudios colombianos.

A pesar de esto, en estas investigaciones no hay una clara definición teórica de la frontera que a veces se confunde con límite cultural o regional. La noción de, como se sabe, ha sido además ampliamente usada en las denominaciones del Estado y los estudios académicos para referirse a las zonas conflictivas y poco integradas a los procesos territoriales nacionales. Lo particular es que en el análisis de las fronteras la mayoría de autores retoma la división administrativa del espacio regional sin cuestionar su producción hegemónica. Es decir, no desligan la producción del espacio geográfico de los límites administrativos del Estado, ni, mucho menos integran el papel de procesos globales en la definición de estos espacios, su población y su naturaleza. En este sentido no aclaran como la construcción de imaginarios espaciales en diferentes escalas ha generado una visión particular de las periferias regionales.

Algo importante que se debe tener en cuenta en estas periferias es su proceso histórico de producción y cómo, en este, ha cambiado la visión de su naturaleza. Esto, necesariamente, remite a la historia, a una historia de enfoque ambiental. El Samaná Norte, por ejemplo, fue una zona que careció de interés para el Estado colombiano y, puntualmente para el desarrollo regional antioqueño, hasta los años sesenta del siglo pasado, cuando aquello que la había hecho una zona inhóspita y difícil para el poblamiento y la colonización sistemática, como su morfología encañonada y su abundante agua, se volvieron centrales para el desarrollo hidroeléctrico del país. Así mismo, el Magdalena medio, considerada una de las principales fronteras internas del país, fue considerada durante la Colonia y buena parte de la República como una zona malsana, tórrida, enfermiza, llena de toda clase de amenazas terribles y habitada por una población indolente, perezosa y lejana a todo orden y moral. Durante este tiempo sólo fue usada como vía para conectar los altiplanos, en donde estaban, ubicadas las principales ciudades, con el río Magdalena, que se volvió la principal ruta comercial entre el interior del país y las costas. Su colonización sistemática sólo se inició cuando esta se volvió una zona estratégica para la extracción de petróleo, el monocultivo y la ganadería. Su integración espacial, además, fue concebida como una auténtica conquista de la naturaleza que cambió radicalmente su paisaje de selva a pastos. Hoy, las zonas húmedas de Antioquia, entre las que se encuentra el Magdalena medio antioqueño, el Bajo Cauca y el Urabá, consideradas antes zonas tropicales bajas y húmedas inhabitables, son consideradas territorios estratégicos para desarrollo regional



y nacional. ¿Una frontera para quién? Por lo tanto, hay una relación cercana entre la producción discursiva de las periferias, con la producción de la naturaleza. A su vez, esto se ha relacionado con procesos globales en los que se han definido la riqueza natural de estas regiones.

Algo que caracteriza a los estudios de frontera es, además, la ausencia de una crítica del concepto ¿Qué es en sí una frontera? Y más importante ¿Frontera con respecto a qué o a quién? El concepto ha sido usado ampliamente en ciencias sociales y, cómo ocurre con muchos otros, su significado ha variado según el enfoque teórico y el contexto histórico y político de su uso. En términos generales se ha pasado de una noción moderna del concepto que lo entendía desde su relación con sociedades homogéneas y espacios delimitados (Turner, 2010), a una visión plural en la que, más que la línea divisoria, se privilegia el cruce y el diálogo, es decir el hibridismo sociocultural (Grimson 2004: 15; Yuln 2010: 2). Esta última teoría se ha apoyado en los estudios posmodernos de la identidad y ha sido especialmente usada para comprender la mixtura cultural en las franjas que limitan los estados o las regiones. Esto ha ampliado la idea que se tenía sobre las fronteras y la forma de entenderlas. Con todo, y a pesar de su amplio uso, el concepto ha tenido poco desarrollo teórico (Londoño 2003: 61) y ha seguido ligado a la idea de límite estatal y borde transnacional como lo evidencia una lectura de los trabajos recientes. En este sentido se ha mantenido también la idea de distancia física y social de los poderes centrales y, a pesar de los cambios en la teoría espacial, conserva en sí una noción de centro y periferia que caracterizaba a las propuestas espaciales clásicas como el *Modelo de zonas concéntricas* de Von Thunen (1966) y *La teoría de los lugares centrales* Christaller (1933). Así lo evidencia la analogía y confusión que se hace entre frontera y periferia en la mayoría de los trabajos, debido a la cual algunos académicos han preferido usar franja o umbral, como en el caso, nuevamente de Tierra Caliente. Esto, sin embargo, no cambia el contenido del concepto y, al carecer de una teoría geográfica compleja, sigue presente en ellos la idea de periferia.

La idea de límite estatal e internacional ha permanecido, además, a pesar de que diversos estudios han demostrado que la organización regional y la construcción de los estados nacionales y sus regiones se hizo de forma asimétrica, formando territorios desiguales y contrapuestos en su interior; es más, que su formación se apoyó en la desigualdad espacial, como lo han explicado para México los trabajos sobre Tierra Caliente Michoacana (Maldonado 2010; Montes 2011) y lo dejan ver en Colombia los



estudios ya clásicos de Darío Fajardo (1996) y Catherine Legrand (1994) y Clara Inés García (2007; 2011: 35) sobre el Oriente antioqueño, quien hace evidente la construcción regional desigual y su relación con algunos procesos nacionales y globales que, normalmente, no aparecen en estas nociones de frontera, concentradas sólo en la expansión de la frontera agrícola y la ausencia del Estado.

La ausencia del Estado, sería, precisamente una de las mayores razones para entender las periferias como límites y fronteras. Su distancia sería la razón de que estas zonas poco integradas carezcan ley y de que su población y naturaleza estén por fuera de todo orden y se caractericen por la violencia endémicas. Sin embargo, el papel del Estado ha sido replanteado por la teoría política y, como lo ha mencionado Serje, lejos de su ausencia, el Estado juega un papel central en la producción de las periferias y los imaginarios geográficos que ayuda a construir son parte central de la relación que establece con los habitantes, sus territorios y la naturaleza (2017: 19). Por supuesto, no es el único productor de estas imágenes, sino sólo uno de los agentes inmersos en una compleja red procesos y trayectorias. Uno de los problemas en el análisis de las periferias es, precisamente, que se desconoce la diversidad de agentes en su construcción, especialmente, los agentes locales y regionales.

Finalmente, a pesar del interés por las periferias, se ha estudiado poco la organización social y productiva al interior de estas fronteras, como lo indicaba Clara Inés García (2003: 47) desde los primeros años del presente siglo. Comprender esta realidad empíricamente requiere del análisis de los procesos que construyen el espacio geográfico y del estudio de la organización interna de la sociedad fronteriza, lo que no puede hacerse sin una inmersión en el lugar, esto es, sin el trabajo etnográfico directo y una metodología que permita ver los procesos locales y su inmersión en el desarrollo del capitalismo y el colonialismo, no ya vistos como un proceso homogéneo, sino como como una globalidad que se particulariza.

### **La construcción del espacio y el espacio construido**

Lo mencionado sobre la producción de imaginarios espaciales y fronteras socioespaciales evidencia que en los estudios sobre el tema se mantiene una idea dualista del espacio, basada en criterios de centro periferia, y reproducen las ideas coloniales de la modernidad, como la desarrollo e historia única. Por otra parte, a pesar del creciente interés por el estudio de las periferias, no se ha estudiado mucho la organización interna de estas fronteras, ni sus formas productivas y organizativas, por



lo que siguen primando una idea vertical del espacio, en la que los pobladores locales son sólo agentes pasivos en su producción; o al contrario una visión localista y desconectada de procesos globales y regionales. Por otra parte, el papel del Estado en estas producciones discursivas debe ser replanteado, ya que no es el único agente; porque la producción de periferias lo supera en sus límites y, además, porque él es parte central en la construcción de esta otredad social, espacial y ambiental. Finalmente, al estar vinculadas a realidades globales y locales, estas producciones discursivas deben estudiarse desde una perspectiva multiescalar y no sólo como la producción del estado y su control territorial.

La denominación que hicieron los estudios citados es problemática por el sentido que adquieren en ella los conceptos cultura y región, esto es de los sujetos y su espacio: el primero, paradójicamente, tiende a “naturalizar” los problemas sociales haciéndolos pasar como una característica intrínseca de sus habitantes sin dar cuenta de los procesos en los que ellos están inmersos (Segato 2016), desligando así las representaciones mentales de procesos materiales e históricos (Wolf 200: 20); el segundo, al vincular categorías espaciales a adjetivos sociales, esencializa las relaciones entre el espacio y sus habitantes, creando una identificación “natural” y determinista que no explica los procesos que lo han construido.

Mi propuesta es que estas construcciones de espacios periféricos deben hacerse desde una estrategia multiescalar que permita ver la conexión de procesos en diferentes temporalidades y escalas geográficas. Así podrían integrarse los procesos globales y los locales, no como dos simples capas que se superponen, sino como un encuentro complejo de procesos y agentes en la localidad, la región y la globalidad; también deben ser abordados desde una teoría crítica, que permita cuestionar las formas discursivas de estos imaginarios, incluyendo los términos mismos de frontera y periferia.

Para ello, considero que el mejor concepto sigue siendo, más que el de territorio, el de lugar y la mejor perspectiva la construcción del espacio. El lugar, como lo ha referido Aletta Biersack, no es ni global, ni local, por lo tanto, refiere siempre al encuentro de procesos. Por su parte, considero que la teoría espacial crítica de Doreen Massey, es apropiada para entender el espacio geográfico de una forma material y discursiva y para entender las fronteras y periferias como parte de la construcción del espacio geográfico o, en otras palabras, como un resultado de una geografía de las relaciones de poder.



Massey lo define desde tres principios: como el producto de interrelaciones en diferentes escalas de la realidad, que van desde lo íntimo del hogar a los vínculos globales; en este sentido es el resultado de prácticas, relaciones, intercambios y conexiones que niegan la existencia de entidades territoriales o unidades espaciales, como sí lo hace, por ejemplo, la teoría de los flujos de Castells. Segundo, como la esfera que posibilita la existencia de la multiplicidad, la convivencia de distintas trayectorias. Esta comparecencia de lo heterogéneo, la presencia simultánea de más de una voz, permite pensar en la diversidad de agentes y su papel diferencial, así como las diferentes historias y caminos sociales, económicos y políticos que lo construyen. Con esto se rechaza la idea de una historia única y de un macrorelato del desarrollo social. Y, tercero, como un proceso, no como un producto terminado. Es, más bien, un “sistema” abierto al futuro, a nuevas configuraciones, está en constante construcción y transformación (Massey 2005a: 9; 2009: 17). Esto permite pensarlo como un “producto” de relaciones, un complejo de redes, vínculos y prácticas, no como una simple suma de territorios fijos, sino como una complejidad de interacciones en constante conexión (Massey 2004: 78). Con esto Massey toma distancia del esencialismo geográfico, dinamiza el espacio y lo deja abierto a la acción política (Albet y Benach 2012: 276).

### Notas

<sup>1</sup> Un corregimiento es una división administrativa de las zonas rurales de Colombia. Están conformados por un conjunto de veredas y, normalmente, tienen una pequeña zona urbana formada de un par de calles.

### Bibliografía

- CENICS (1989), *Determinantes sociales y culturales de la planeación en la región Rionegro Nare, T. I: generalidades*. Medellín, Universidad de Antioquia, CENICS, Cornare (inédito).
- Christaller, F. W. (1966) *Central Places in Modern Germany*
- Escobar, Iván (2007a), *Subregiones en Antioquia: realidad territorial, dinámicas y transformaciones residentes*, Tomo I, Medellín: Gobernación de Antioquia.
- Fajardo, Darío (1996), “Fronteras, colonizaciones y construcción social del espacio” en Chantal Caillavet y Ximena Pachón (Dir.), *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*, Lima: Institut français d'études andines. <https://books.openedition.org/ifea/2509?lang=es>



García, Clara Inés (2003a), "Enfoques y problemas de la investigación sobre territorios de frontera interna en Colombia", en Clara Inés García (Comp.), *Fronteras, territorios y metáforas*, Medellín: Hombre nuevo editores.

\_\_\_\_\_ (2009a), "Los estudios regionales en Colombia. Una crítica desde los estudios socioespaciales", en Clara Inés García y Clara Inés Aramburo (Ed.), *Universos socioespaciales, procedencias y destinos*, Medellín: Siglo del hombre editores, Iner, pp. 35-68.

\_\_\_\_\_ (2009b), "Nuevo enfoque para el análisis regional", en Clara Inés García y Clara Inés Aramburo (Ed.), *Universos socioespaciales, procedencias y destinos*, Medellín: Siglo del hombre editores, Iner, pp. 69-84.

\_\_\_\_\_ (2011), *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia: Oriente y Urabá Antioqueños 1990-2008*, Bogotá: Cinep, Odecofi, Iner.

Giraldo, Jorge y Muñoz, Juan Carlos (2012), *Informalidad e ilegalidad de la explotación del oro y la madera en Antioquia*, Medellín: Universidad de Antioquia.

Grimson, Alejandro (2000). *La fabricación cotidiana de la frontera política*, Ponencia presentada en el encuentro Latin American Studies Association, Miami.

Henao, Hernán (2004), *Familia, conflicto, territorio y cultura*, Medellín: Corporación Región.

INER (1990), *San Carlos. Estudio de localidades*, Medellín, Colombia, Iner y Cornare.

\_\_\_\_\_ (1993), *San Luis. Estudio de localidades*, Medellín, Colombia, Iner y Cornare.

Legrand, Catherine (1994), "Colonización y violencia en Colombia: Perspectivas y debate." Absalón Machado, (comp.): *El Agro y la Cuestión Social*. Bogotá Tercer Mundo Editores.

Londoño, Jaime Eduardo (2003), "La frontera: concepto en construcción", en Clara Inés García. (Comp.), *Fronteras, territorios y metáforas*, Medellín: Hombre nuevo editores, pp. 47-60.

Maldonado, Salvador (2010), *Los márgenes del Estado mexicano. Territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán*, Zamora: El Colegio de Michoacán.

Massey, Doreen (1993), "Power-geometry and a progressive sense of place", en John Bird, Barry Curtis, Tim Putman, y Lisa. Ticker, *Mapping the futures. Local cultures, global change*, New York: Routledge.

\_\_\_\_\_ (2005a), *for space*, London: Sage.

Montes, Octavio Augusto (2011), *Héroes, pioneros, padres y patronos: construcción de la cultura política en los pueblos del Medio Balsas. Tierra Caliente de Michoacán y*



Guerrero, Zamora: El Colegio de Michoacán, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Serje, Margarita (2011), *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, Bogotá: Ediciones Uniandes.

\_\_\_\_\_ (2017). Fronteras y periferias en la historia del capitalismo: el caso de América Latina. *Revista de Geografía Norte Grande*, (66), 33-48.

Turner, Frederick Jackson (2010), *The frontier in American history*, Courier Corporation

Von Thünen, Johann-Heinrich (1966) *The Isolated State*. Nueva York: Pergamon Press

Yuln, Melina (2010), "Una historia de fronteras: El territorio y los relatos culturales de la frontera en la construcción nacional de Argentina, Brasil y Estados Unidos", en *Pampa*, Santa Fe, Núm. 6, pp. 231-244.